

El ex canciller habló de este y otros temas luego de recuperar sus derechos ciudadanos

Almeyda y sus "culpables de la muerte de Allende"

NELLY YAÑEZ

En un *Líbero* político convertido el Tribunal Constitucional al presidente del Partido Socialista, Claudio Almeyda Medina. Las palabras "implicas" pronunciadas el 17 de agosto en el sexto piso de calle Morandé distaron mucho de los imaginarios verbos usados por Jesucristo. El *levitaste* y *andé* fue reemplazado por una compleja argumentación jurídica que restituyó los derechos ciudadanos del ex canciller tras dos años y ocho meses de "muerte civil", por una supuesta infracción al derogado artículo octavo de la Constitución.

—¿Cómo ha sido su resurrección?

—No ha sido una sorpresa, porque una revolución tan costosa a la tradición democrática chilena, que culcare a una persona en estado de sus ideas y la priva de sus derechos ciudadanos, es contra natura. De manera que yo estaba absolutamente convencido de que tarde o temprano aquello se iba a reparar. Más que una injusticia fue un destino. Tal es así que, después que el Tribunal Constitucional consideró mi caso, no volví a regresar a nadie. Parece que se dio cuenta que meió la para.

—¿Por qué cree usted que fue elegido para aplicar el artículo octavo?

—Debe haberles dado mucha pena que hubiera ingresado legalmente. Estaba furioso.

—¿A quién le molestó especialmente su llegada?

—Seguramente a Pinochet.

—¿Le hizo bien el pargatería?

—Me hizo bien. Me permitió conocer una región tan interesante del país como Chile Chico. Fue mi primer contacto con la patria después del exilio. El tiempo que estuve preso en Capochino constituyó también una experiencia muy interesante. Eso sí que la encontré un poco larga. En vez de dos años había bastado con seis meses.

—¿Cómo explica el hecho de que usted, en un momento, haya sido tan "peligroso" y ahora no lo sea?

—Es pavoroso y más pavoroso es aún cuando el ministro de Interior de los entonces, Ricardo García, que estableció los procesos en mi contra fue uno de los ministros del Tribunal Constitucional que ahora suscribió la sentencia de dejar sin efecto la sanción. ¡Eso es potestad! Nada más.

—Uno de sus más encendidos detractores fue el ex controlador general de la República Américo Rodríguez. ¿Lo perdona?

—Mire, no le he perdonado ni lo condono. No me he preocupado más de él.

—El lo acusó de cometer en la violencia y el terrorismo como medios para alcanzar el poder.

—Yo he sido y soy consciente a toda suerte de violencia. No abo yo, cambié mi partido y la izquierda. Nunca he sido terrorista. ¡Jajaja! Menos aún he sido un apologeta del terrorismo. Yo le puedo añadir que puede haber terroristas, pero no apologetas del terrorismo. Los terroristas no están haciendo

"El primer error del gobierno de la Unidad Popular fue no tener una política adecuada con los militares y no haberse dado cuenta que eran una amenaza potencial para cualquier gobierno democrático. Ese es el primer error: no haber metido mano en las Fuerzas Armadas".



"Tengo grandes coincidencias políticas con Arrate, aunque —en este momento— no es candidato".

"Ofateaba el golpe"

apología, porque los tomarían presos. Esa figura política que me aplicaron es un monumento a la falta de identidad de la Justicia chilena durante el régimen de Pinochet.

—¿La Justicia sigue en crisis o la superó?

—Sí, creo que el comportamiento de los jueces ha cambiado un poco, porque han seguido la dirección de los vientos, pero la verdad es que la estructura de la Justicia chilena ha permanecido igual.

—¿Con este Poder Judicial se pueden esclarecer los casos de violación a los derechos humanos?

—Es difícil. A lo mejor, imposible.

—¿Cuál es la solución, teniendo en cuenta el resguardo de la independencia del Poder Judicial?

—Ya se ha comenzado. Algunas de las disposiciones contenidas en el proyecto de ley de los "Jueces Cívicos" apuntan a ese objetivo. Un ejemplo son las normas que limitan la competencia de los Tribunales Militares. Esa es una de las grandes anomalías que tiene el actual régimen jurídico chileno. Hay otra serie de medidas más técnicas que ya están siendo consideradas por los círculos gubernativos, como la creación de una especie de Consejo General de Justicia que sea un órgano supervisor de las labores de los jueces, sin comprometer su independencia.

El tema de la Justicia es esencial para este vicepresidente de la República, ex canciller y ex ministro de Defensa de 67 años, casado con Irma Caceres, que después del golpe de Estado estuvo detenido en la Escuela Militar, Isla Dawson, Academia de Guerra de la FACH, Regimiento Tacna y campo de prisioneros de Rileque. El 30 de enero de 1975 fue enviado a Rumania; se trasladó a México y después a la RDA. El 19 de marzo de 1987 regresó a Chile por el paso Coque, en la Tercera Región, montado en una mula y el 24 se presentó ante el Segundo Juzgado del Crimen, para declarar en un proceso sobre "malversación de caudales públicos". Fue absuelto, pero horas más tarde, el mismo militar lo entregó a Chile Chico basándose en el artículo 24 transitorio. Allí estuvo 90 días. El 22 de junio fue trasladado a Santiago y el 23 quedó detenido. El gobierno presionó en su contra tres experimentados: ingreso clandestino, infracción a la ley antiterrorista y transgresión al artículo octavo. En los dos primeros cumplió la condena en el Anexo Cárcel Capochino. En el tercero, las reformas constitucionales permitieron levantar el castigo.

Hoy, cuando se acerca para presentar sus cartas credenciales como embajador en la Unión Soviética, recuerda lo sucedido en 1973.

—¿En qué momento se dio cuenta que venía el golpe de Estado?

—Yo lo ofateaba. No sólo yo, sino que mucha gente. No sabemos cómo ni cuándo, pero nos dábanos cuenta que el ambiente estaba muy enrarecido y que era altamente probable que, en un momento cualquiera, podía producirse. Lo que no previmos fue la violencia y la rudeza que tuvo. Muchos pensaban que el golpe militar iba a ser un breve interregno y que rápidamente se iba a convocar a elecciones. No sabemos que iba a dar origen a un intento de reconstruir a Chile, con otros patrones, con otros valores. Los militares estaban tan convencidos de derrocar al gobierno constitucional que, incluso, adelantaron el golpe, para que Allende no pudiera proclamar su dactilado en la Universidad Técnica del Estado convocando a un plebiscito.

—¿Para cuándo, según usted, estaba planeado originalmente?

—Por ahí por el 15. Cuando llegó a Chile el 30 en la noche, después de participar en Argel en la Conferencia de los No Alineados, estaba muy preocupado por la situación, pero cuando llegó a La Moneda noté a Allende muy tranquilo. Me dijo lo del discurso y me expresó su esperanza de lograr, con ello, un entendimiento con las fuerzas opositoras.

—¿Cómo es posible que un Presidente de la República haya estado

tan desinformado como para no saber que al otro día las Fuerzas Armadas iban a concretar un golpe de Estado?

—Eso fue una de nuestras fallas. Nos faltó conocimiento de lo que pasaba en los cuarteles. Tampoco sabíamos lo que pensaban los militares. Debo decirle que Allende, en la mañana del 11, me dijo: "¿Qué será del pobre Pinochet? ¿Dónde lo tendrán encerrado? ¿Dónde lo tendrán detenido?"

—¿Pinochet era leal al Presidente Allende?

—Allende confiaba en la lealtad de Pinochet.

—Usted coincide, entonces, con lo afirmado por el presidente de la Cámara de Diputados, José Antonio Viera-Gallo, quien dijo que el general Pinochet no llegó a la Comandancia en Jefe por la Divina Providencia, sino que por un error de Allende?

—Coincido.

—¿Por qué lo eligió a él?

—Por su lealtad, porque contaba con la confianza del general Prats y porque, de algún modo, le correspondía de acuerdo al escalafón.

—¿Hubo algún gesto que demostrara la lealtad del general Pinochet al Presidente Allende?

—El tuvo un papel, aparentemente muy destacado, en sesión el tantísimo del 29 de junio.

—Pero el 11 de septiembre la situación era distinta. Incluso, una de las justificaciones de la "guerra interna" fue la existencia en Chile de 25 mil reservistas extranjeros.

—Mire, en las Memorias del general Pinochet el asunto se trata claramente que no hubo tal guerra interna, ni menos 25 mil reservistas armados. Eso es tratamiento para la risa.

—Pero Sergio Onofre Jarpa aseguró que el gobierno no dejó salir para no tener problemas con los gobiernos extranjeros.

—Son cosas tan absurdas que me da no sé qué referir a ellas. En pura mitología no más.

—¿Qué otros mitos hubo?

—Basta, me le parece poco: 15 mil hombres armados en Chile. ¡Por favor! Si es un mito más que un mito al contigüente que había en Chile. Son mentiras. Lamentablemente, todavía quedan impermanentes que creen esas cosas.

—El 4 de septiembre se va a realizar el funeral público del ex Presidente Salvador Allende, quien fue, en definitiva, el culpable de su muerte?

—Los culpables de la muerte del ex Presidente fueron los promotores de la subversión militar. Ellos fueron los que ocasionaron todo un clima de enfrentamiento que culminó con el bombardeo de La Moneda.

—¿Qué responsabilidad tuvo el Partido Socialista?

—En el golpe militar no tuvimos responsabilidad. El propio Pinochet lo confiesa en su libro *El Día Decisivo*. El golpe fue planeado por los militares, con ayuda civil, bajo el estímulo de los civiles: fue el inicio de una conspiración. (Continúa al frente)

**Almeyda y sus "culpables de la muerte de Allende":
[Entrevista] [artículo] Nelly Yañez.**

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Yáñez, Nelly

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Almeyda y sus "culpables de la muerte de Allende" : [Entrevista] [artículo] Naelly Yañez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile